

CARTA DE AMOR (SEUDÓNIMO: A.SHIRLEY)

“UN TE QUIERO A TIEMPO”

Papá, te escribo esta carta, años después de nuestra separación y lejanía. Y te escribo porque a pesar del tiempo que ha pasado siento dentro una desazón y agonía que me está partiendo el corazón y apagando de un manotazo el alma. Me hayo aquí, enfrentada a un teclado negro, de letras blancas, con la mirada más aferrada que nunca a la pantalla azulada de una hoja de Word. Motivada, en un principio, por simple casualidad, al inscribirme para participar en un concurso sobre “cartas de amor”

No sé cómo he llegado hasta aquí, pero al comenzar a escribir, he sentido la inexplicable necesidad de destinarte a ti, esta carta, papá. Tal vez no tenga mucho sentido hacerlo ahora que te has ido ¿verdad? Pero aún así, siento que debo hacerlo, o se me pudrirá por dentro cada palabra de amor, que en voz alta, no te he dicho. Jamás sentí tanta necesidad, de hacer llegar un “te quiero” aunque no sea a tiempo. Y aunque lo diga y se desmorone trocito a trocito sobre este papel impreso. Aunque no haya razón coherente por la que estoy ahora pulsando con fuerza estas teclas, enhebrando en mi cabeza cada letra. Pero con tal ímpetu y bravosidad, que estoy segura, me sobrará valentía y soledad, para escribirte y reescribirte trescientas sesenta y cinco noches más. Exprimiré, si es preciso, hasta la última gota las falanges de mis dedos, cada cutícula, huella dactilar, comisura de mi boca y cada tira de pellejo. Lo haré por ti, papá. Aunque el paso del tiempo ralentizada mente lento haya apaciguado un poco el sufrimiento. Y aunque la fría sensación de pérdida cada día mengue un poco más. Sigue sin desaparecer del todo esta necesidad, porque no te olvido, ni te dejo un instante de recordar.

Te marchaste un jueves, temprano, mientras llovía. Con un adiós silencioso.

Haciéndolo tan tuyo, que no hubo lugar, ni advertencias, ni prolongación, donde cupiera espacio suficiente, para despedirnos. Se burló de nosotros el destino. Nos cogió desprevenidos, envuelto en su capa de irónica chanza. Tan cruel, que nos lanzó puñados de tierra. Poniendo entre los dos una infinita distancia y kilómetros y kilómetros de carretera. Tan caprichoso, que jugó con los dos. Jugó con la inconsciencia de un chiquillo.

¡Corre Antonio, corre! ¡Corre, corre, que te pillo!

No hallé y ni siquiera busqué un buen pretexto que mitigara mi remordimiento. Sólo quería martirizarme con tu partida, al comprender que desperdicié tantas ocasiones de poder mostrarte con sinceridad mis sentimientos. Ojalá hubiese aprovechado aquellas largas noches en el hospital. Cuando sólo estábamos tú, yo, el miedo y la enfermedad. Entonces, debí pronunciar un te quiero. Un ¡te quiero mucho, papá!

Y aunque apostarí mi vida, que de sobra lo sabías, merecías haberlo escuchado.

Merecías, que mil veces te lo hubiera gritado. Pero no lo hice. Y ahora, aquí estoy, con el sabor más amargo, que dejó en la coyuntura de mis labios, el arrepentimiento. Con esta mala costumbre mía, de no demostrar, por cobardía, ni una mínima parte de mis sentimientos. Esos que aún teniéndolos tan a flor de piel, era incapaz muchas veces, de compartir contigo. Incapaz de vencer esa sensación tan vergonzosa que me invadía.

Donde mi voz seca, se me quebrada por dentro y la sentía en mi interior tan temblorosa; que a la hora de expresarme sólo era capaz de mantenerla retenida en mis pensamientos. Fuera del alcance de mis cuerdas vocales y del instinto natural al que me impulsaba mi propio cerebro.

Paradójicamente, las palabras prohibidas, emergen ahora como repentinas. En esta especie de declaración de amor, de una hija a su progenitor. A su héroe y protector. A ti, papá, al que he respetado por encima de todo y admirado con orgullo. A ti, que me has inculcado respeto y dignidad, a la vez, que salvaguardabas la distancia del educador para hacerte respetar. Transmitiéndome esa particular autoridad y disciplina tuya. Y que ahora que soy madre, descubro que habita en mí. Adoptado tus formas de manera fortuita e innata. Sorprendida de imitar gestos y frases tuyas sin darme cuenta, aflorando desde mi interior con total naturalidad.

Ojalá ahora mismo, te tuviera delante, para seguir aprendiendo del mejor maestro.

Ojalá ahora mismo te tuviera delante. Te miraría a los ojos sin avergonzarme. Sin miedo alguno. Sin esa sensación de frenada en seco, cada vez que intentaba con mi propio pie, dar el primer paso. Ojalá te tuviera delante, diciéndote ahora, aunque ya no sea oportuno, pero si necesario: -Papá, te quiero mucho.

“Si quisieran mil veces, este par de brazos inútiles,
desplegarse como velas por las nubes.

Elevando el vuelo más allá de lo estrictamente estipulado, en los puntos cardinales de
nuestro tejado.

Si pudiera elevar, aunque fuera, a través de estas pobres alas desplumadas
mis pies del suelo.

Si pudiera ser una débil hoja que danzara sobre una brizna de aire silbante y fresco.

O si pudiera ser el viento y llevarte.

Si pudiera, llevarte un te quiero,

a tiempo”

Tu hija.